

## THOMAS MANN

Thomas Mann, a quien la Academia sueca acaba de discernir el premio Nobel, pertenece, con su hermano Heinrich, al grupo de escritores que en Alemania representa un altísimo ideal europeo de paz y solidaridad continental. Contra arraigadas exigencias de un exclusivismo tradicional, los dos grandes novelistas trabajan, sobre todo después de la guerra, por dilatar el radio de la conciencia popular alemana y hacerla servir los intereses de una cultura universal y humana. Sin embargo los dos hermanos han seguido una trayectoria distinta en la evolución de sus ideas políticas y el desenvolvimiento de su obra literaria. La de Heinrich, recta, firme, uniforme, desde su iniciación, lo ha mantenido siempre en su actitud revolucionaria e intransigente; la de Thomas, influenciada por el curso de los últimos acontecimientos y el cambio de las ideas suscitado por la guerra, ha ido desde muchos aspectos con la ideología revolucionaria de su hermano.

Nacidos en Lübeck, donde han desarrollado su talento y sus aptitudes, educados dentro del mismo medio familiar, sufriendo por igual la influencia hanseática del espíritu regional y de su madre, una brasileña apasionada por la literatura y la música; diferencia de conformación intelectual, de carácter y temperamento han impreso en la actitud y en la obra de cada uno un sello particular y distinto. Mientras Heinrich se ha orientado en una dirección regionalista, Thomas ha seguido el impulso vital de su instinto y de su naturaleza esencialmente afectiva. El primero se ha inclinado a la tradición latina, el segundo a la germana; Heinrich ha visto siempre en la destrucción de las formas feudales la única salvación de su pueblo; Thomas ha buscado esta salud en el resurgimiento de las viejas energías; aquél cree en la efica-

cia revolucionaria del nuevo orden, éste se limita a acatar el régimen existente y predicar su aceptación en bien de la paz y del destino de Alemania. Para Heinrich, el malestar de Europa deriva del predominio de la masa industrial. En la última guerra mientras los pueblos se aniquilaban, los industriales adquirirían un poder ilimitado, gobernaban el mundo, fundaban la dictadura de la fuerza. El gran poder dominador y autócrata debe ser demolido y, sobre sus escombros, instaurarse un régimen más justo y humano: la dictadura de la razón, que ha de unir en lo futuro todos los nacionalismos europeos en una gran patria común. Thomas, sin abjurar su fe en la cultura germana, sin renegar de su ideal pangermanista, aboga hoy por la república, única forma salvadora que puede hallarse en el presente contra la anarquía y la barbarie, pero una república conformada dentro del concepto de hermandad de las naciones que predicó Walt Whitman.

La obra de ambos se realiza en el arte. Pero mientras la de Heinrich se adhiere a la tradición latina y se reclama de la herencia realista de Balzac, Stendhal, Flaubert y Zola, la de Thomas encuentra su contenido y su espíritu en una vida rica de emoción y de experiencia. La de Heinrich es más objetiva e impersonal; la de Thomas, más lírica y humana. En Heinrich, el yo permanece ausente de su obra, sus personajes viven una vida independiente y no reproducen jamás el alma del autor; en Thomas, su obra es él mismo, y su espíritu, en lo que tiene de más individual o inconfundible, la anima y vivifica con el contenido de sus emociones, de sus recuerdos y de su experiencia. Heinrich alienta una marcada predilección por lo grande y lo heroico; Thomas, por lo humilde, lo que sufre, el amor, el sacrificio, la muerte. El primero invoca la demolición como único medio de salud; el segundo, el resurgimiento de las energías acumuladas por la raza. El uno es revolucionario; el otro conservador. Sin embargo, Thomas es también, en cierto modo, un revolucionario. Sólo que la revolución para él debe surgir sin violencia del fondo mismo del espíritu popular, al conjuro de elementos y recursos que viven latentes en la tradición y en la cultura.

Aunque la obra de Thomas no tiene la recia y firme arquitectura que presenta la de su hermano, aventaja a la de éste en riqueza interior y profundidad de análisis. En su conjunto se nos aparece como una gran novela autobiográfica, cuyo marco es la vida de su época. Todos sus protagonistas, bajo nombres diferentes, reflejan la personalidad del autor. Christian y Thomas Buddenbrock, Johann, Tonio Kroger, Spinell, Aschenbach, Félix Krull reproducen diferentes aspectos del mismo Thomas Mann, y casi todas sus novelas son trozos de la vida social de las ciudades hanseáticas. **Buddenbrooks** abarca cuarenta años de esta historia, y en ella desfilan, junto con los hombres y los acontecimientos, cuando la tradición y la memoria ha acumulado en casi medio siglo

de vida lugareña: luchas, rivalidades, intrigas, fiestas, duelos, bodas, bautismos, aniversarios, días de prosperidad y días de desgracia.

En esta gran historia circula el sentimiento trágico de un mal que compromete la salud y la existencia del pueblo. **Buddenbrooks**, **Tristán**, **Koeniglich Hoheit (Su Alteza Real)**, **Der Tod in Venedig (La Muerte en Venecia)**, **Tonio Kroger**, **Dez Zanberg (La Montaña Encantada)** son la más patética expresión de esta crisis que el autor presenta en sus aspectos más variados o interesantes. Ya es la perturbación que en el seno de una sociedad burguesa producen las transformaciones sociales y morales de la época; ya el desorden generado en una familia apegada al bienestar material de una vida cómoda y sin inquietudes por la pasión de la música que de pronto la invade; ya el tronco caduco, decrepito, agotado de una familia aristocrática que languidece y se consume, y que sólo salva con el ingerto de sangre joven y rica que llega de otros climas; o la tragedia de un artista que ha sacrificado la vida a su arte, y en que la vida se venga arrastrando al protagonista al placer de una existencia desorbitada y tumultuosa; o bien el mundo atormentado de un sanatorio cuyos asilados venidos de toda Europa son el retrato fiel de un organismo doliente en trance de morir.

El tema que absorbe a Mann es, pues, la burguesía y su decadencia. Esta decadencia, sin embargo, no es para el novelista, un signo de aniquilamiento. Mann tiene fe en las raíces profundas de la clase, en sus energías latentes, en las reservas de la raza. Crisis de crecimiento, es, según él, estado de transición cuyas causas es necesario estudiar. Entre todas sus obras, dos libros de la guerra, **Friederich und die grose Koalition (Federico y la gran Coalición)** y **Betrachtungen eines Unpolitischen (Pensamientos de un hombre apolítico)** abordan especialmente este problema. Para Mann, la salud del organismo vendrá o de la crisis misma, cuando las fuerzas vivas de la nación reaccionen, o bien de una disciplina que encauce en vías auténticas de moralidad y orden el torrente del **demonismo** germánico.

Pero, sobre todo, Thomas Mann es un artista. Bajo su pluma, la vida de la clase media alemana, verdadero protagonista de su novela, que lucha desesperadamente contra la disolución, adquiere en su obra los caracteres de una gran popeya. Pocos escritores contemporáneos han logrado dar tanta animación al relato, tanto colorido a las descripciones, tanto relieve a los personajes. En cuanto a la forma no ha innivada nada. Pero ha tenido el talento de unir en su estilo, a la precisión lógica del arte latino, la vaguedad profunda, misteriosa, sugerente del alma germana. La arquitectura de su novela es esencialmente musical. Un **leit motiv** ondula en cada uno de sus libros, rítmicamente, desde la overtura wagneriana en que ensaya por lo general una visión de conjunto, hasta el final, siempre conmovedor y patético. Su pasión

por la música ha dejado las páginas más hermosas. Ellas sugieren el amor o la muerte, y a menudo un ritmo interior lleva estos dos motivos a una unión secreta y misteriosa. Y es que para Mann, amar es una manera de morir, en este avatar de incesante renovación que es la vida.

**Alberto URETA**



**Biblioteca de Letras**  
**«Jorge Puccinelli Converso»**